POESÍA EN EL CAMPUS

CURSO 1990-91

Ana ROSSETTI

REVISTA ORAL DE POESÍA

NÚMERO 14

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/2770

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

ANA ROSSETTI

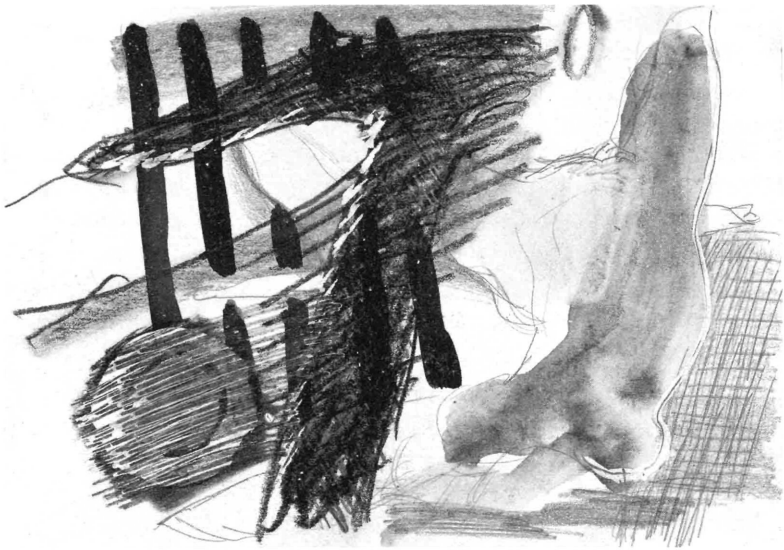
(PÁGINA EN BLANCO)

BIOGRAFÍA

Ana Rossetti (seudónimo de Ana Bueno de la Peña), nace en San Fernando (Cádiz) en 1950. Ha escrito teatro, y ha trabajado como actriz dramática y como corista. Fue incluida en *Las Diosas Blancas*, Madrid, Hiperión, 1985 (antología de la joven poesía española escrita por mujeres). En 1980 gana el Premio Gules de Poesía con su libro *Los devaneos de Erato. Devocionario*, su tercer libro de poesía, obtiene en 1985 el Premio Rey Juan Carlos de Poesía.

(PÁGINA EN BLANCO)

CRÍTICA



IDILIO CON NARCISO

No podemos negar que somos hijos de nuestro tiempo. Ultimamente, estamos preocupados excesivamente por nuestro físico. En un mundo en el que todo entra por los ojos, la perfección del cuerpo ha pasado a ser requisito indispensable para nuestras relaciones sociales.

El culto al cuerpo y la búsqueda de bienestar nos asedia desde los anuncios publicitarios, el cine, las páginas de las revistas y, ¿por qué no?, desde la poesía.

Creemos que en esta línea están muchos de los poemas de Ana Rossetti. Poemas donde el deseo se hace más vehemente, donde afloran cuerpos perfectos que nos incitan exponiendo nuevas maneras de amar, en una búsqueda y posterior hallazgo de belleza, y en una increíble desmitificación de tabúes.

Actualmente, notamos que se aflojan los perjuicios sociales que nos han estado atornillando durante años. Gozamos de amplias libertades de pensar,

sentir y expresarnos. Si vida y literatura están unidas, aquí tenemos a Ana Rossetti.

Ahora bien, su forma de abordar la sensualidad y los perjuicios que nos han rodeado, se expresa distendidamente (a veces lúdicamente), a través de la parodia de mitos y tabúes, y por la creación de nuevos goces que suspenden nuestros sentidos.

Así vemos que en su poesía, la virginidad, la castidad, aquella educación que encumbraba a ambas, el cruel castigo que suponía despertar a la adolescencia, caen desde las altas cimas de los mitos, y en su lugar —producto de ellas a veces— se abren paso las más extrañas y amorales fantasías sexuales, los ímpetus más gloriosos... Porque parece que lo único importante es hacer natural el placer, no importa qué placer, claro.

Si la virginidad y la castidad fueron elevadas a principios inviolables, la nueva perspectiva de la voz de una mujer nos libera, alzándose burlona contra tantos perjuicios[1]:

Torpemente no insistas empeñado en robarme
unas gotitas rojas y un agudo gritito
pues no soportarías placer tan cruento.

La educación severa recibida en el colegio o en el ambiente familiar da pie a extraños pensamientos[2]:

Terminado el rosario a nuestros dormitorios
subiremos donde el ángel maligno,
que quiere atormentarnos, nos espera.

En este mismo sentido, algunas imágenes de la infancia y de la adolescencia han quedado grabadas en su mente elevándose a arte por medio del recuerdo y la escritura. Su despertar al sexo se rememora en varios poemas transcribiéndonos sus confundidas sensaciones[3]:

Defiéndeme tú
porque todo me culpa: el desvanecimiento,
la poca ligereza de mis piernas.

Como un martirio recuerda su pérdida de la inocencia. Véanse «Bárbara, niña, presiente su martirio»[4] y «Mi jardín de los suplicios»[5].

Sus *«lecturas prohibidísimas»* del *AÑO CRISTIANO*, más inspiradoras que Poe, Bécquer o Lovecraf[6], y las películas que narraban desventuras de mártires cristianos en el mundo romano, fueron experiencias eróticas muy vivas, como no tiene reparo en confesar en *Devocionario*. La parafernalia de los

gladiadores y la desnudez de los mártires, cuerpos embellecidos, en suma, se retuercen y refulgen rayando en la estética sadomasoquista[7]:

Seductoras palabras: garfios, escorpiones,
erizados flagelos, pez hirviente...
mi cabeza inclinada en ellas zambullía
su turbio sobresalto,
(...)
y feroces legiones venían a matarme.
Chocaban sus escudos,
de barnizado cuero sus cintas golpeando
los más hermosos muslos que jamás había visto
y las flotantes capas de sus rudos hombros
henchían su carmín.

La experiencia más mística, el «amor más trágico» es el rito sexual transmigrado del plano religioso[8]:

Labios míos temblando, del precioso regalo
de tu mano, tiñéndose. Tu sabor penetrando
mi inviolada saliva, comulgándome,
y el fervor confundido en delirio de besos.

Otro tabú superado es la incursión en los placeres prohibidos con un inusual desparpajo. Basta ver los poemas «Un señor casi amante de mi marido, creo, se empeña en ser joven», «Cierta secta feminista se da consejos prematrimoniales», «De cómo resistí la seducciones de mi compañera de cuarto, no sé si para bien o para mal» y «A un traje de pana verde que por ahí anda perturbando a los muchachos»[9].

Un aspecto sugerente de la obra de Ana Rossetti es la articulación del mito masculino, desarrollado en tres direcciones que van a desembocar en una misma. La primera dirección partiría de su cosmovisión del mundo griego. Las imágenes fugitivas de hombres semidesnudos, distantes y fríos como dioses, se exaltan, y ella queda siempre enfrente fascinada por la luz que nimba los rostros, donde sólo queda la posibilidad de ovación, de contemplación y de aplauso[10]:

Nada esquivarte puede, nada te desarraiga.
Al final siempre vences, y al final te ovacionan.

Esta cosmovisión del mundo griego aparece con frecuencia en *Los devaneos de Erato*[11].

La segunda dirección recorre el erotismo que se desata de la imaginería bíblica que rodea los comienzos del mundo cristiano. Es el momento de los mártires y su trágico e inimitable amor[12].

La última dirección discurre por la actualidad. Sus palabras extraídas de la entrevista que precede a *Indicios Vehementes*, son muy significativas[13]:

> *Pero lo que está claro es que hay en* Los Devaneos *algo que ya no me funciona estéticamente. Demasiado Apolo Suróctono. Y todo en esta vida no van a ser curvas praxitélicas habiendo existido un James Dean, por ejemplo.*

Cobran importancia los pantalones vaqueros, las camisetas ajustadas que dibujan perfectamente pechos como escudos. Todo esto parece tener algo de anuncio publicitario. En «Chico Wrangler»[14] nos presenta las perfecciones de un musculoso muchacho que parece anunciar unos ceñidos pantalones. Valiéndose de atrevidas imágenes deja en último plano la prenda en cuestión, y desvía la atención de los lectores a un perfecto e incitante cuerpo varonil.

En esta última dirección se pone de manifiesto el *new look* literario que poco a poco ha ido inmiscuyéndose en nuestra realidad y ha explorado el erotismo más cotidiano.

La creación del mito masculino nos parece una de sus innovaciones, sobre todo, porque en la literatura española (al menos desde una perspectiva femenina) estamos faltos de ejemplos. En esto deleitarse en aventuras amorosas —a veces no exentas de cierto exhibicionismo— donde los protagonistas son muchachos de atractivos cuerpos («Unos cuerpos son como flores»)[15], Ana Rossetti se retrotrae a una actitud donjuanesca; ¿por qué seducir entonces a un seminarista?, ¿por qué hacerle un poema a Sebastián, virgen, o a un joven con abanico?, ¿por qué dudar en resistirse o no, a una compañera de cuarto?[16]

Para concluir creemos que su poesía vive en un erotismo que goza de característica propias. Todos sus poemas adquieren un ritmo intenso, sutil y persuasivo.

ANA ALCUBIERRE
PATRICIA BLANCO
Enero 1991

NOTAS

1. «A quien, no obstante tan deliciosos placeres debo», *Indicios vehementes,* Madrid, Hiperión, 1985, p. 42.

2. «Los ojos de la noche», *Devocionario,* Madrid, Visor, 1986, p. 21.

3. «Santa Inés en agonía», *ibidem,* p. 24.

4. *Ibidem,* pp. 22, 23.

5. *Indicios vehementes,* op. cit., p. 57.

6. «Mayo», *Devocionario,* op. cit., pp. 18, 19.

7. «Martyrium omnium», *ibidem,* pp. 16, 17.

8. «Exaltación de la preciosa sangre», *ibidem,* p. 14.

9. *Indicios vehementes,* op. cit., pp. 28, 36, 39, 43.

10. «Escarceos de Lou Andreas Salomé a espaldas de Nietzsche, claro», *ibidem,* p. 46.

11. «Los devaneos de Erato», *ibidem,* pp. 17, 53.

12. Se pueden tomar como ejemplo los poemas «Lorenzo», «Esteban», «Pasión y muerte de Santo Tomé», *Devocionario,* op. cit., pp. 25, 27.

13. *Indicios vehementes,* op. cit., p. 15. Entrevista originariamente publicada en *Fin de Siglo,* 6-7 (1983).

14. «Chico Wrangler», *Ibidem,* p. 99.

15. «Unos cuerpos son como flores», *Los Placeres prohibidos* (1931) en Luis Cernuda, *Antología,* Madrid, Cátedra, 1985, p. 109.

16. «Cuando mi hermana y yo, solteras, queríamos ser virtuosas y santas», «A Sebastián, virgen», «A un joven con abanico», «De cómo resistí las seducciones de mi compañera de cuarto, no sé si para bien o para mal», *Indicios vehementes,* op. cit., pp. 38, 39, 49, 50.

«La poesía en mí es acción, tensión, pasión y vivencia. Y sobre todo lucidez. Salgo de mí misma, me explico y me compruebo»[1].

Quizás tras éstas sobren todas las palabras y escribir acerca de Ana Rossetti no sea otra cosa que un mero deambular por su mundo, sin dilucidar nada y sin aportación alguna, por un mundo ambiguo y dualista de gladiolos-tulipanes punzantes y de camelias-alhelíes mates.

Y a pesar de todo resulta deleitoso perderse por entre sus versos, escudriñar sus golpes de aliento intentando desatar los hilos que unen sus acciones, tensiones, pasiones y vivencias. Leer creyendo poder hacerlas un poco nuestras. ¿Nos equivocamos?

El sexo visto desde el sexo. Al fin y al cabo, todo en la vida se reduce o remite a él, o cuando menos a lo sexual. Por eso Ana Rossetti «cosería limones a tu torso» (un torso moreno y duro) y venera al «tulipán sonrosado, apretado turbante» sin enamoramientos que soterren la realidad. En la búsqueda de lo tangible los válidos son los momentos con fuerza, casi materiales, que pueden ser explicados, entendidos y almacenados, ocupando un lugar en el estante. El placer se desprende de sentimentalismo y aboga por la independencia, reivindicando sus orígenes más puros. Y en la empresa, el sexo conduce a su consecución: «esa rugiente ternura tan parècida al estertor final de un agonizante».

Cristalizar momentos a través del lenguaje de las flores es dar corporeidad a lo etéreo y asegurar su eternidad.

Pero el erotismo genera sentimientos. Se pretenda o no, es un elemento creador de entes inexistentes (al igual que la infancia o las lecturas). Probablemente de él se desprende la irracionalidad:

Dentro de unos instantes se morirán los días
y el indeciso tul cuya araña se columpia
se detendrá, inmóvil, en su vértice,
(...)
Y mi amor una carta en su sobre amarillo.

Y mi desolación como un guante extraviado
que ya no importa más, puesto que el mundo se acaba[2].

Y Ana Rossetti se torna más impenetrable conforme profundiza en estados emotivos. Sus asaltos directos y sin titubeos se convierten en juegos de imágenes, buscando «algún beso señuelo, golondrina» y tratando de defender «los confines de mi íntimo reino».

Plasma impotencia,

Prefiero que, despierto, tu impaciencia sea lanza,
dulces son las heridas y la cólera bálsamo,
a que caigan mis besos, lluvia derrochadora,
siempre inútil sobre tu rostro inerte,
ajeno a mi dolor y mi ternura[3],

tedio,

Ahora soy costumbre,
invadida patria de rutinarias delicias.
Al poseerme perdisteis mi belleza interior[4],

clarividencia,

son débiles corazas el amor y el orgullo[5],

y una duda,

Y quizás sea la única, la palabra final
que todo amor explique[6].

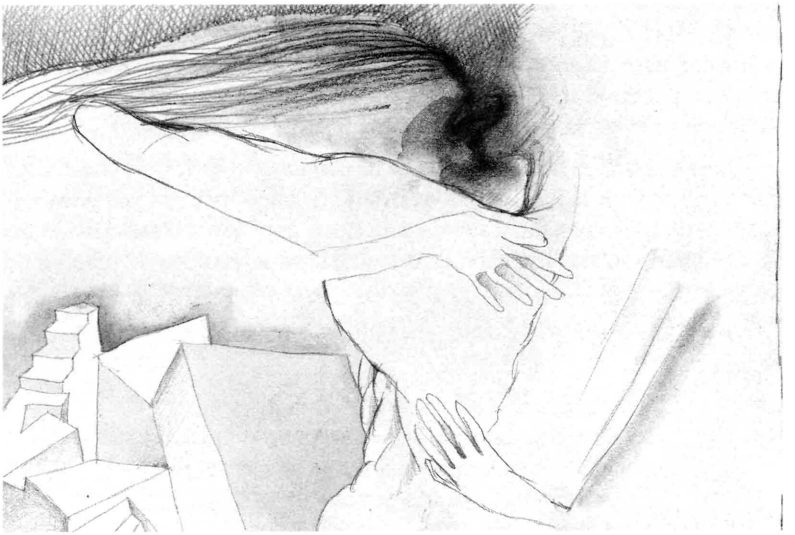
Nos adentramos en su cosmos-caos, equívoco como la mayoría, expresado sólo como unos pocos.

Tal vez aprehendimos alguna clave, o... más seguro, ninguna.

CARMEN CINCA
Enero 91

NOTAS

1. *Indicios vehementes,* Madrid, Hiperión, 1985, p. 15. Entrevista publicada originariamente en *Fin de Siglo,* 6-7 (1983).
2. «Ahora», *Ibidem,* p. 83.
3. «El durmiente», *Ibidem,* p. 88.
4. «Triunfo de Artemis sobre volupta», *Ibidem,* p. 54.
5. «Introito natura ordenatus ad imperandum», *Ibidem,* p. 80.
6. «Nightingale», *Ibidem,* p. 81



SUBVERSIÓN SEMÁNTICA EN *DEVOCIONARIO*

Es *Devocionario*[1] el libro que con más gusto releo de Ana Rossetti (San Fernando, 1950). Desde la primera lectura, creo que lo compré al poco tiempo de su publicación, me llamó la atención la manera en que la poetisa distorsionaba de modo radicalmente preciosista, con la «realidad del cuerpo en su epifanía» como señalaba José Infante[2], las líneas de conocimiento, de vida, en fin, de cuerpo y alma, para superarlas en su propia dicotomía.

«Yo te elegía hombres en mi devocionario»

(pág. 13)

El primer verso nos lleva a lo que podríamos llamar una época, un momento, preamatoria, pues es preciso para que nazca el amor un conocimiento previo. Ahora bien, el conocimiento de esta realidad, de un «tú» amado omnipresente, se da en nombres diferentes. No es casual, así, que este verso sea el primero. Vamos a enfrentarnos en los versos «devotos» de Ana Rossetti una misma anécdota lírica a través de todos los poemas, como reflejo en los versos de la oposición ya señalada entre un sólo destinatario y las diferentes denominaciones bajo las que se oculta[3].

Este sería el primer ejemplo de cambio semántico, al menos el primero en la disposición del libro. La subversión semántica, como me he atrevido a llamarla en el título, presenta un segundo paso consistente en revisitar, si se permite el término, un texto que se encuadre en la misma tradición literaria en que la poetisa escribe, en el *corpus* del que ella es uno de los puntos finales, y asumirlo en su propia invención, en su reinterpretación.

De este modo, el texto que ella cita de San Ignacio de Loyola como inicio del epígrafe «Divinas Palabras»[4] se convierte en nueve poemas que unen a las palabras de Ignacio un nuevo fondo semántico que elevará la materia dándole un significado nuevo al cumplirse, al culminarse, el proceso de unión entre cuerpo y alma.

Donde el cuerpo y el alma se encuentran, también al alma se hace carne, se *en-carna:*

> *Sí, lo sé, debía ser el* alma
> *el temor que sentía, la certeza,*
> *cuando el duro viril asentaba su albura*
> *—tan arrasada estaba de diamantes*
> *que la custodia de plata parecía—*
> *de que una de mis manos incontenible y pálida*
> *siguiera resbalando*
> *despacio, muy despacio, por mi* pelvis[5].
>
> (pág. 53)

Proceso extraño este que descubrimos en el trasfondo de los versos, en las entretelas de la poesía de Ana Rossetti, en, según sus propias palabras,

> *lecturas prohibidísimas*
> *cuando toda la casa sucumbía*
> *al ardor del verano —detrás de las persianas*
> *la siesta había invadido y deshecho*
> *y ningún albedrío velaba en la penumbra—*
>
> (pág. 16)

Este proceso, entonces, nace en las entrañas mismas del poeta y a través de la lectura se nos comunica, si bien esta comunicación requiere la soledad, donde sólo es posible la identificación que semejante mensaje inefable[6] requerirá para ser entendido.

En este proceso de subversión semántica, que lleva consigo también una cierta ruptura terminológica[7], se da otra característica que lo aleja de lo que propiamente llamamos «mística». Mientras que el místico parte desde este mundo, el mundo de la carne (en el sentido de real), hacia la elevación comu-

nicada en la unión con la divinidad, Ana Rossetti propone partir de esta experiencia unitiva, o, al menos, de lo que de ella sabemos, y hacerla horizontal, carnal. Como hemos señalado antes lograr una encarnación de la experiencia mística.

El de la poetisa no es un problema de necesidad de palabras que sirvan para explicar la «experiencia», necesidad esta que viene dada por la propia inefabilidad, sino una necesidad de retomar y manejar a su antojo, antojo requerido por la equiparación carne=alma, espíritu=cuerpo, una serie de campos semánticos ya prefigurados.

Como estamos viendo, la palabra clave en la interpretación de Ana Rossetti, al menos de *Devocionario,* es confusión. Y no sólo confusión semántica, entre cuerpo y alma, sino que en ocasiones un cuerpo se transforma en otro cuerpo distinto, como si todo fuese uno ya en el alma de la autora.

De este modo,

> *cuando a un muchacho le regalo mis chales,*
> *o en sus brazos enfilo mis pulseras,*
> *o en sus lisos tobillos anudo oro,*
>
> (pág. 46)

descubrimos que

> *sólo busco tus rosadas rodillas*
> *entre el crujiente encaje,*
> *y tu apretado talle igual que el de una niña*
> *y tu entreabierta boca*
> *—los labios retocados con violento carmín—*
> *y tu rizado pelo cayendo por la espalda*
> *como un ramo de lirios*[8].
>
> (págs. 46-47)

De tanta confusión podemos desprender principalmente dos ideas claramente excluyentes. La primera sería que Rossetti y, consecuentemente, su poesía están sumidas en un cúmulo de interrogantes no resueltos; y, como segunda opción, que se trata simple y llanamente de un juego consistente en reiventar, de reasimilar, de re-encarnar, un código ya estructurado a través de una tradición literaria de raigambre en España. Dos opciones tenemos y no sabemos a qué carta quedarnos.

Releo *Devocionario.*

Vuelvo a cogerlo dos horas después intentando hallar la respuesta y, escondida en dos versos de inegable belleza, se me muestra sin tapujos, ya que, la verdad más clara es inefable, como la materia de que trata.

He aquí la respuesta:

Convertíase el juego
en hoguera implacable...

(pág. 20)

Es pues un círculo vicioso que nos transporta en embriagadora música «sacra» desde el juego al éxtasis donde descubrimos que en realidad también éste es un juego y volvemos a empezar nuestro itinerario más confundidos que antes.

Para acabar, señalar que dentro de este batiburrillo semántico y de sensaciones que representa el poemario, lo único que sabemos es que lo más importante es el cuerpo y que nada nos interesan las discusiones bizantinas sobre el sexo de los ángeles, sino que con Ana Rossetti debemos dedicarnos

A comprobar, por fin, el sexo de los ángeles

(pág. 20)

o dejarnos arrastrar

«pour avoir reconnu le seigneur clandestin»[9].

JOSE LUIS JUSTES AMADOR
Enero 1991

NOTAS

1. Ana Rossetti, *Devocionario.* Madrid, Visor, 1986. A partir de ahora citaré según esta edición indicando tan sólo el número de la página.

2. En *Conocimiento del tigre.* Cito de la reproducción en Ana Rossetti, *op. cit.*

3. De todos modos respecto a este hecho de una sola realidad (preferentemente mística) bajo diversidad de nombres se dedica, salvando las distancias *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de León.

4. Texto que no cito por la brevedad requerida.

5. El subrayado es mío para reiterar el hecho de que el alma del primer verso se trasnforma, mediante un fluído movimiento (obsérvense los encabalgamientos), en la pelvis de la última línea.

6. Con *inefable* no me refiero sólo a la sustancia de la experiencia mística, sino a la entraña misma de toda la poesía y, en concreto, a la de Ana Rossetti.

7. No es el sitio adecuado este artículo, por su longitud, para estudiar esta ruptura terminológica. Pero se puede recordar que la base de la metáfora es esa cierta ruptura y subversión del sentido

8. Si Nabokov hubiese leído estos siete versos probablemente *Lolita* habría sido escrita de otro modo

9. Stephane Mallarmé, *Dos poemas dramáticos.* Tusquets, Barcelona, 1972. Pág. 60. Traduzco como: «por haber descubierto al señor clandestino».

UNA GRULLA EN LA TAZA DE TÉ

Pero, ¿qué significado puede tener, para unas violetas, «encontrarse» y «conocerse»?

Yasunari Kawabata

La porcelana, blanca y dulce, suave decorado para la acuosa fragilidad de unos ojos. Estampada en una esbelta procacidad que remata y eleva el verso y la palabra.

Las mil y unas posibilidades de la sugerencia, la asociación de imágenes plásticas y bellas, directa o subliminalmente provocativas, tremendamente eróticas, jugando con los brazos, y, entre las manos, con el idioma.

Ana Rossetti y todas las Anas que hay detrás, con las historias que vive, que inicia y que desliza como copos de nieve que se funden en nuevas historias o en otras de distinta esencia.

Poema o decorado mágico de sensualidad y perfumes, humanos o vegetales, y simple o jugosamente animales. Bestiarios de espejos repetidos por la especie propia, multiplicados en todas las facetas biseladas del placer.

El poema inacabado por inalcanzable, la redondez del cierre que completa en las mil facetas de su lectura.

Desde la pasión de escribir y vivir, pasando por la sensualidad que se decanta en la palabra, sea tinta impresa o blancos vacíos hasta el equilibrio armónico del espacio que crea el pensamiento. Ana Rossetti edifica una arquitectura de palabras que son sucesos, heridas que crecen hacia la noche de la mente, construyendo una ciudad acristalada para los sentidos. Urbe que lanza destellos cómplices hacia los semáforos, apagados o encendidos, del sexo; que son a la postre los que regulan la circulación y el tránsito humano por la vida, pista disparada de la existencia.

En este invernadero, ciudad jardín, se recrean y florecen los sentidos, al ritmo de una música olorosa que invade y llega a todos los rincones. El vapor

de esta atmósfera caliente y cerrada se condensa llenando de humedad la piel, del papel en blanco, que cobra toda su intensidad al poblarse del vello de las letras.

Con el seco latir de las sienes se neutraliza el exceso que drena el verbo en su invasión táctil de la materia del humo.

La bruma equilibra la pugna de los estados, la disolución del agua en el aire, el peso específico que desaloja el ser en su expresión verbal.

Ana mantiene esa tensión constante que atrae y sostiene el equilibrio efímero e inconstante de la lectura. Gozando con el placer en su sentido más oriental y total del término, que siempre vuelve a ser inicio e iniciático.

Lo que escribe y lo que se adivina capta y atrapa con la misma sugestión que Yasunari Kawabata reflejó en su envolvente brisa de la palabra de manera especial en su obra *Una grulla en la taza de té*. El desarrollo de una ceremonia estética de los sentidos, el gusto que matiza el sabor de lo que mana entre líneas, la vista que completa el decorado poniendo bastidores a lo que existe, el tacto que viste la piel de todas las caricias.

Todo un cántico, interpretado por esta mujer que cree en la primavera. En mayo florecía, frágil en una estación de soles polvorienta, entre dama renacentista y aguerrida pionera africana, envuelta en fresco lino, crudo en tono y resplandor.

Entre lanza que afrenta y flor que deshoja, caída en perfumes nuevos para cualquier deleite, se mantiene un juego, un duelo inerte entre su risa descarada y el suspiro entrecortado, que sube el ritmo y despeña las sílabas mientras que trepa al alba —sola o en compañía— entre las manos. Esta mujer, Ana Rossetti, palabra, verso, pura osadía.

ÁNGELA IBÁÑEZ

ELOGIO DE LA BISUTERÍA FINA

Devocionario (1986), cuarto libro de poesía de Ana Rossetti (San Fernando, Cádiz, 1950), es una suerte de erótica lingüística y, alterando el orden y la significación parcial de los términos, una poética del placer y el sufrimiento eróticos. La palabra —el verbo— es el signo que nos revela el lugar de nuestro encuentro con el amado: «Mis primeras caricias fueron verbos, / mi amor sólo nombrarte, ...». Poema de iniciación en los laberintos oscuros y deliciosos del amor, para aprehenderlo en todas sus formas y pronunciamientos, *Devocionario* es, más que ninguna otra cosa, un triunfo de los sentidos, la representación viva de una exultante sensualidad en forma de lírica.

La infancia es el tiempo y el lugar en el que transcurre gran parte de esta iniciación: «perturbando la blancura espectral / de mis sienes de niña cuando de los versículos, / las más bellas palabras, asentándose iban / en mi inocente lengua», o «En pos de ti, mi bello ensimismado, / la infancia, desplegándose, / me muestra las imágenes —casi irreconocibles— / de la niña que fui cuando te amaba.» La infancia es el recuerdo de «lecturas prohibidísimas» que en las tardes calurosas del verano, a la hora de la siesta, provocaban en la niña terribles pesadillas en las que «feroces legiones venían a matarme». La infancia es también la representación del miedo, que aparece bajo diferentes formas: el altar mariano del mes de mayo al que los niños se dirigían cantando «Con flores a María»; el mantel del hogar familiar, testigo de tantos desaguisados domésticos; la voz de la madre «describiendo piadosa y minuciosamente / castigos ejemplares y horrores deliciosos.»

Si la infancia es un motivo importante en el libro, la religión no lo es menos. Sin embargo, el aspecto religioso que tiene esta obra en una primera y superficial lectura enseguida se desvanece y pierde entidad en aras de aquello en función de lo cual aparece, y que no es sino la presentación de un determinado estado físico: deseo, sufrimiento, pasión, estremecimiento, enamoramiento, goce, desesperación... Así, poemas como «Santa Inés en agonía», «Lorenzo», «Esteban», «Pasión y muerte de Santo Tomé», presentan —más allá de la simple anéc-

dota o el mero apunte biográfico de los personajes que dan títulos a los poemas, caracterizados además todos ellos por haber tenido una muerte violenta y espectacular— otra lectura que es la que realmente importa para la singular significación que pretende Rossetti, una lectura vibrante, pletórica de sensualidad y delirante belleza, cuyo fin último y primordial estriba en lograr una comunión erótica entre el poeta y el poema y, por extensión, entre el poema y el lector. Al logro de este objetivo está destinada toda la parafernalia dramático-religiosa que en el libro aparece: devocionario, incensario ardiente, misal fatigado, laceolados estigmas, cáliz, altar purísimo de mayo, celeste imagen, escapulario, rosario, rendido diácono, retablos, santuarios... Y con ella, y para contribuir aún más a crear ese peculiar clímax poético, todo un mundo de olores, sonidos, gustos, visiones y tactos que despiertan los sentidos más dormidos: tierno clavel, nacaradas fundas de lunarias, plumón del vello, lluvia de amatistas, élitros de insectos bajo el músculo...

«Que el nombre no sea indigno del Angel / cuya espada lo guarda», escribió J. L. Borges. El ángel, ser benigno unas veces, maligno otras, es otro elemento importante en *Devocionario,* donde aparece con significación polisémica. Hay ocasiones en que se presenta como personaje salvador de la niña desvalida, así en el poema «Martyrum omnium». Otras es el «ángel maligno» que espera en la noche para atormentar y seducir a esa misma niña que ofrece muy poca resistencia. Otras el ángel personifica el propio objeto de la pasión, como en «La anunciación del ángel» o en «Demonio, lengua de plata...». Parece claro que la presentación del mundo angelical en la poesía de Ana Rossetti está mucho más cerca de la tradición judeo-cristiana (el ángel como elemento portador del bien pero también provocador del deseo y del verbo poético: «el dotado de alas revela la palabra», dice el *Eclesiastés*) que de la angeología rilkeana, que presenta un ángel en absoluto mediador entre Dios y los hombres, un ángel que lleva a grado sumo las características de Narciso: autocontemplación y autosuficiencia. Rossetti se sirve de estos seres, «ángeles epicenos con gestos de princesas» que contrapone al «arcángel desterrado y refugiado en mi anhelo», como unos componentes más de ese lujoso y presiosista escenario que es su poesía, una poesía naturalmente artificial que invita a la seducción y a la complicidad, repleta de intensos aromas y vivos colores que a ningún buen aficionado a la poesía puede dejar, en cualquiera de los casos, indiferente.

ALFREDO SALDAÑA

ANA ROSSETTI O LA ROSA DESCUBIERTA

«Tu rostro verdadero puede ser cualquier máscara.»
Ana Rossetti

Cuando el escritor eclesiástico Tertuliano definió a la mujer como «la puerta del infierno» y Alfonso Martínez de Toledo escribiera su *Corbacho* haciendo una crítica desmedida de la mujer, o Nietzsche en su *Así habló Zaratustra* dijera: «¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!» y Virginia Woolf se preguntó qué necesitan las mujeres para escribir buenas novelas, llegando a la conclusión de que tan sólo «una habitación propia»... Ana Rossetti no había nacido.

Cuando por primera vez leí un poema de Ana Rossetti el impacto que me produjo fue tal, que hice por trasladarme en el tiempo y pensar en esta mujer, en esta poetisa casi onírica, como si se tratara de un espectro del pasado que tiene en la tentación su más seguro sirviente.

Ana Rossetti es real. Muestra la realidad del erotismo y sus sensaciones con tal maestría que conduce a un sueño casi perfecto. Una hechicera de la palabra que, armonizando rosas y vientres, cuellos y labios, espejos y mariposas, consigue destronar la vaga lectura en una evocación continua de sensualidad.

Ana Rossetti no es una heroína. Escribir sobre el Amor, trasladándolo de lo espiritual a lo físico, no debiera ser motivo de escándalo ni de elogio. El erotismo al que Ana Rossetti responde debería suponer al lector la misma preocupación que los argumentos de un buen filósofo.

Ana Rossetti entra en la conciencia como un choque. Su fuerza y su valor se resumen en ser una de las primeras mujeres que se enfrentan a un tema espinoso y tabú para una sociedad.

Pero Ana Rossetti es un símbolo, la imagen perfecta de cómo hacer poesía frente a un acantilado en el que las olas pueden romper derribando lo que parecía inamovible.

Hablar de deseos oscuros sin que la censura de una educación pueda clavar sus avariciosas tijeras, no es tarea fácil para una mujer, ni siquiera a finales del siglo XX.

Ese falso infierno, al que esta gaditana nos traslada para alcanzar las más sutiles llamas de la poesía, se tambalea entre *inviolables unicornios* y *turbios laberintos,* para finalmente ser artífice de elogios en las páginas de un libro.

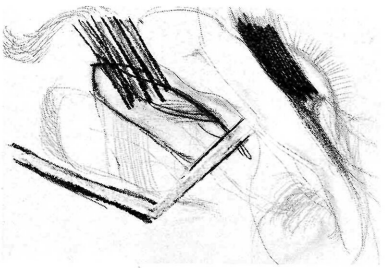
Virginia Woolf decía que «las mujeres no escriben libros sobre los hombres», pero Ana Rossetti ha sabido conjugar en la magia de sus versos la presencia de la mujer como observadora sintiente y la figura del hombre como partícipe. Sin embargo, es cierto que no puede aislar su ser femenino en cada definición de instantes y perfila enigmas que siguen permaneciendo eternos.

Goethe afirmaba la posibilidad de educar a las mujeres para que frente a ese saber adquirido tuvieran en la expresión de sus opiniones una baza con la que poder jugar en la vida. Ana Rossetti se ha saltado unas reglas estrictas siguiendo una línea cruzada en la mente de algunos. Su poesía no hace sino despertar a la realidad lo escondido tras los versos de poetas anteriores bajo el manto opaco de los prejuicios.

Los *mendigos ojos* de Ana Rossetti caídos sobre un folio se me semejan fotogramas. Sus poemas revierten en lo cinematográfico con escenas largas de escueto argumento. La visión de cada rincón escogido al azar puede comportar un sinfín de ángulos desde los que rememorar un *poema inevitable.*

Ana Rossetti conoció a Lesbia impregnada de Catulo tras un poemario de risas burlonas entre dardos que fallan al enamorar. Y Ana Rossetti no se escondió tras la máscara para dejar caer rosas de placer sobre un papel tintado.

KATIA AZNAR CANTÍN



EL JARDÍN DE TUS DELICIAS

Flores, pedazos de tu cuerpo;
me reclamo tu savia.
Aprieto entre mis labios
la lacerante verga del gladiolo.
Cosería limones a tu torso,
sus durísimas puntas en mis dedos
como altos pezones de muchacha.
Ya conoce mi lengua las más suaves estrías de tu oreja,
y es una caracola.
Ella sabe a tu leche adolescente,
y huele a tus muslos.
En mis muslos contengo los pétalos mojados
de las flores. Son flores pedazos de tu cuerpo.

(Los devaneos de Erato)

MI JARDÍN DE LOS SUPLICIOS

En el rincón secreto, bajo el árbol,
despacio, muy despacio, desataste mis trenzas
y luego, impetuoso, porque yo sentí frío
y terca me negaba, arrancaste mi ropa.
Con cíngulo de larga enredadera
la deslucida organza que sirviera de colcha
a la cuna común, experto me ceñiste.
En la callada hora, muy lejos de mis padres,
con jugo de geranios la boca me teñías
y ajorcas vegetales en mis breves tobillos
se enroscaron.
Bailé furiosamente.
Cual halo de mí henchíase la túnica,
en torno a ti crecían los aros de mis huellas.
Yo, tanagra diversa, evasivo laurel
y tú quiero. Perfectamente quieto
salvo el brazo con el que me flagelabas.

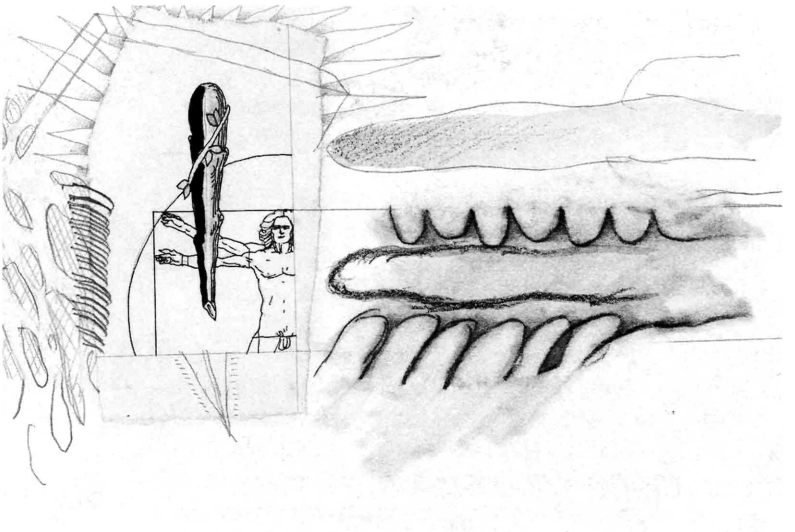
(Indicios vehementes)

«...Y HUYENDO PERMANECE.»

Carolina de Günderode

No puedes escapar y todo se sucede.
Como en las pesadillas, a nada puede asirse
tu impaciencia, y quisieras parar
el móvil ciclorama que en tu ventana fluye
y antes de que tu ojo lo descifre y contenga,
veloz cambia.
Y el paisaje es amor y tu corazón pájaro
y tu breve corpiño frágil brida.
No queda otro remedio que, con agudo broche
de puñal, sujetarlo: lengua afilada, hundida
en la bruna ciruela, repleto corazón
de amargo jugo.
Todo al fin detenido, esperando
a que tú te decidas. Y el agua sea quizás
la única salida soportable.
Dilúyete en su hoja de cristal sosegado
y el nombre que en tus pulsos se repite
espárcelo en guirnaldas: clavel sea,
que sea liebre de flecos; de incendiadas gavillas,
la alta llama.
Sangre, o flor, o amor desesperado,
adentrándose, en ríos tornarán
sus radiantes candelas y tú te arrastrarás,
henchidos tus vestidos, por la pulida cinta
del vagabundo Rhin, como en un baile.
Fácil y subyugada
te dejarás llevar, tu corazón contigo,
fugitiva por fin y por fin insensible.

(Indicios vehementes)



CHICO WRANGLER

Dulce corazón mío de súbito asaltado.
Todo por adorar más de lo permisible.
Todo porque un cigarro se asienta en una boca
y en sus jogosas sedas se humedece.
Porque una camiseta incitante señala,
de su pecho, el escudo durísimo,
y un vigoroso brazo de la mínima manga sobresale.
Todo porque unas piernas, unas perfectas piernas,
dentro del más ceñido pantalón, frente a mí se separan.
Se separan.

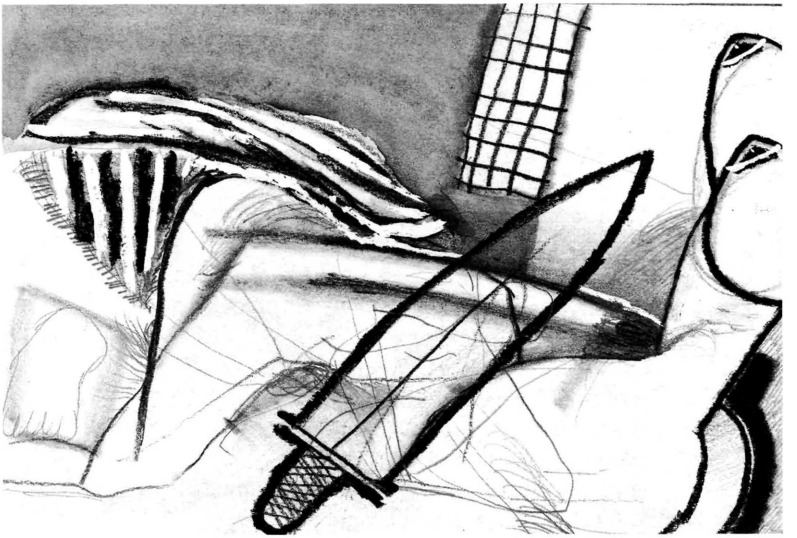
(Indicios vehementes)

LA ANUNCIACIÓN DEL ÁNGEL

«A Pablo García Baena.»

Muriérame yo, gladiador, arcángel, verte avanzar
abierta la camisa, tenue vello irisado
por tu pecho de cobre.
Brazos, venas,
latido, curva, élitros de insectos
bajo el músculo o velas de navío.
Muriérame yo en ellos, cautiva la cintura,
amenazante dardo presentido,
pálido acónito,
igual que una fragancia, preciso, me traspase.
Muriérame yo en tu ancho hombro
doblada mi cabeza. Empapado y oscuro
indeciso resbala por tu frente el acanto
y mi mejilla roza, y cubre y acaricia.
Muriérame, sí, pero no antes
de saber qué me anuncia este desasosiego,
rosa gladiolo o en mi vientre ascua.
No antes que, febriles, mis dedos por tus ropas
desordenándolas las desabotonen,
se introduzcan y lleguen
y puedan contemplar, averiguarte,
con su novicio tacto.

(Devocionario)



EMBRIÁGAME

Matarte sí, matarte:
desatar una cinta jugosa por tu pecho,
que salte fresca,
su tacto más sedoso apresurando,
que yo introduciré mis desdos desflecándola,
despeinándola, tomando su color,
guardando entre mis uñas sus húmedos ribetes,
haciéndome nacer, de repente, amapolas
o hibiscos en las manos;
embebiendo, empapando en tu herida
las ropas que me cubren, una a una.
Que a través de la alforza, del pliegue
—los bordados ahogando, inundando
la calada cenefa, hundiéndose
por las duras costuras y el tan entrecortado
diseño del encaje— llegue a mí
el don impetuoso de tu amor.
Señalado contigo mi estremecido cuerpo,
con la vida que enloquecidamente
de ti sale, y mi pelo salpica,
y corona y enreda de alhelíes...
Precipiteme yo a bebérmela ávida,
a beberte.
Embriaga de ti,
irrestañable flor, muévanse en tu costado
mis labios incesantes.

(Devocionario)

BIBLIOGRAFÍA

POESÍA

Los devaneos de Erato, Valencia, Prometeo, 1980.
Dióscuros, Málaga, Jarazmín, 1982.
Indicios vehementes, Madrid, Hiperión, 1985 (3.ª edición, 1987).
Devocionario, Madrid, Visor, 1986.
Yesterday, Madrid, Torremozas, 1988 (3.ª edición, 1991).

NARRATIVA

Plumas de España, Barcelona, Seix Barral, 1988.
Prendas íntimas, Madrid, Temas de Hoy, 1989.
Hasta mañana, Elena, Zaragoza, Cuadernos de Aretusa, 1990.

ÍNDICE

BIOGRAFÍA 3

CRÍTICA 5
Ana Alcubierre/Patricia Blanco: Idilio con Narciso 5
Carmen Cinca 10
José Luis Justes Amador: Subversión semántica en *Devocionario* 13
Ángela Ibáñez: Una grulla en la taza de té 18
Alfredo Saldaña: Elogio de la bisutería fina 21
Katia Aznar Cantín: Ana Rossetti o la rosa descubierta 23

ANTOLOGÍA 25
El jardín de tus delicias 25
Mi jardín de los suplicios 26
...Y huyendo permanece 27
Chico Wrangler 29
La anunciación del ángel 30
Embriágame 32

BIBLIOGRAFÍA 33

POESÍA EN EL CAMPUS

Coordinador
JAVIER DELGADO

Este número 14 ha sido realizado
bajo la dirección
de
ANA ALCUBIERRE

Maquetación y dibujos
JOSÉ LUIS CANO

Impreso en Octavio y Félez, S. A.
P.º Cuéllar, 11 - 50.007 Zaragoza
D.L.: Z. 350/91

Secretariado de Actividades Culturales
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

iberCaja